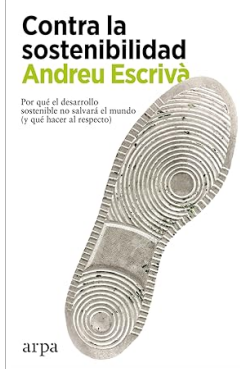


Andreu Escrivà, CONTRA LA SOSTENIBILIDAD,
Arpa & Alfil Editores, S.L., 2023 (254 pp.),
ISBN: 978-84-18741-83-8



Jordi Roca Jusmet

Universidad de Barcelona

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7766-3759>

jordiroca@ub.edu

El título de este libro no está, desde luego, dirigido contra las políticas frente a la insostenibilidad de nuestra sociedad. Se dirige contra la banalización del término sostenibilidad por parte de instituciones políticas y sobre todo contra su uso empresarial como forma de lavado verde de imagen (*green washing*) o, aún peor, como *marketing* de productos o servicios insostenibles. Este tipo de denuncia es sin duda necesario en un mundo en el que lo que domina no es el análisis riguroso de la realidad sino los mensajes propagandísticos y tranquilizadores que dificultan la toma de conciencia de la situación actual y los cambios necesarios para revertir la degradación ambiental.

En una de las primeras páginas, el autor cita a Miguel Delibes (en un discurso de 1975): "Un principio biológico elemental dice que la demanda interminable y progresiva de la industria no puede ser atendida sin detrimento de la Naturaleza, cuyos recursos son finitos. Toda idea de futuro basada en el crecimiento conduce, pues, al desastre" (citado en p.18). Sin embargo, dice Escrivà, nos vemos sometidos "a espejismos de abundancia y tecnología redentora. A la satisfacción que provoca saber que salvas el planeta varias veces al día, con el desayuno sin aceite de palma, el cartón reciclado de los paquetes que te llegan a casa, el suave ronroneo del coche eléctrico al entrar en el aparcamiento subterráneo" (p.19). Este es el contraste que preocupa al autor y que justifica el libro. Un libro bien escrito e informado. Recomendable para el debate.

El término desarrollo sostenible, nos recuerda el autor, acudiendo a José Manuel Naredo, se difundió sobre todo con el informe Brundtland (1987) y triunfó frente a otros como "ecodesarrollo" en gran parte por su fácil asociación/confusión con el término "crecimiento sostenido", el objetivo tradicional (y aún dominante!) de la política económica. En dicho informe, como posteriormente, era frecuente el uso de crecimiento sostenible como sinónimo de desarrollo sostenible. Sostenibilidad o desarrollo sostenible son términos contestables, de significados diversos y es cuestionable si la mejor estrategia para los que denuncian su

banalización es abandonarlos en vez de reivindicarlos al servicio de políticas transformadoras. Herman Daly, por ejemplo, mantuvo el término definiendo desarrollo sostenible como "desarrollo sin crecimiento" (con lo que indicaba mejora cualitativa sin aumento cuantitativo). Si vamos a la definición más habitual (del propio informe Brundtland) como "satisfacción de las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras" el debate sigue abierto dependiendo de cómo se interprete el término "necesidades", que puede llevar a pensar en las necesidades básicas de los seres humanos o bien interpretarse como satisfacer cualquier tipo de deseo o capricho. Si es lo segundo, coincido con Escrivà en lo inadecuado del término, pero si es lo primero, la definición se acerca mucho a lo que hoy en día se considera a veces como la propia finalidad de la economía ecológica: una "buena vida para todos dentro de los límites planetarios" para citar el título de un reciente artículo.¹

La terminología -los significantes, en palabras del autor- son ciertamente importantes analíticamente y, aún más, comunicativamente. Pero no hay que exagerar y el libro quizás dedica demasiado énfasis en este aspecto sobre todo en su última parte que en buena medida se destina a buscar un sustituto del término sostenibilidad sin acabar de encontrar ninguno satisfactorio: se ve atraído por el término "decrecimiento" pero también encuentra objeciones a dicho término desde el punto de vista comunicativo y acaba apuntando a "bienestar común, posible y planificado".

La mayor parte del libro está estructurada en breves capítulos titulados "contra..." que en términos generales presentan críticas oportunas a algunas ideas o lugares comunes. Así, se denuncia el papel del objetivo climático de "cero emisiones netas" que retrasa la acción inmediata de reducción a un futuro lejano y confiando en una irreal masiva absorción de carbono por los ecosistemas naturales o -aún peor- en nuevas tecnologías de absorción a gran escala inexistentes hoy por hoy; se rechaza la confianza en una alternativa energética a los combustibles fósiles que permita mantener sin cambios nuestros estilos de vida tan intensivos en energía; se cuestiona la frecuente identificación del concepto transición ecológica con únicamente transición energética a pesar de la superación de diversos "límites planetarios" (y no solo el de la estabilidad climática) entrando en situación de elevado riesgo; se rebela contra la idea de que la respuesta a los problemas de la insostenible movilidad actual sea un mero paso al coche eléctrico y no un modelo de movilidad centrado en el transporte público y la movilidad no motorizada; se rechaza el abuso del término "generaciones futuras" cuando van pasando las décadas y las antes generaciones futuras devienen presentes y pasadas y los efectos de fenómenos como el cambio climático se perciben ya claramente y afectan a nuestro bienestar (aunque sí reivindica una perspectiva ética de largo plazo acudiendo al concepto del filósofo Roman Krznaric de plantearse ser "buenos antepasados" (p.59)); reconoce la importancia de la demografía humana pero se opone a la comparación de los humanos con una plaga o un virus lo que esconde que las contribuciones de diferentes humanos a los problemas ecológicos son claramente desiguales y lo que puede hacer olvidar que cualquier futuro deseable (dejando de lado desastres ecológicos o devastadoras enfermedades o holocaustos nucleares) ha de partir del hecho de que la población futura crecerá aún durante décadas (aunque afortunadamente a tasas decrecientes y no para siempre). El libro es muy pesimista sobre la situación y perspectivas ambientales, pero critica caer en el catastrofismo que ve inevitable (o casi) el colapso de la civilización industrial, una postura que científicamente no está justificada cuando lo que domina es la incertidumbre y cuando lo más probable es que el cambio climático y otros problemas ambientales tendrán efectos muy diferenciados regional y socialmente; el "colapsismo", o al menos algunas versiones del uso del término colapso, puede además llevar a la inacción política si todo se ve perdido cuando de lo que se trata es de "limitar el sufrimiento de millones de personas, de preservar una biosfera tan funcional como sea posible" (p.118).

¹ O'Neill, Daniel W. O.; Fanning Andrew L.; Lamb, William F.; Steinberger, Julia K., "A good life for all within planetary boundaries", *Nature Sustainability* 1, 88-95, 2018.

La lista de los temas tratados en los diferentes capítulos es mucho más amplia, pero quiero detenerme solo en un par de ellos no citados anteriormente: los que se denominan "contra la huella de carbono" y "contra la economía circular".

El capítulo sobre "huella de carbono" me ha generado muchas dudas. Huella de carbono es un término bastante reciente pero que sin duda se inspiró en el de huella ecológica (*ecological footprint*), introducido en los 1990s por parte de Wackernagel y Rees², que adquirió una gran popularidad y sirvió para difundir que los estilos de vida de los países ricos impactaban ambientalmente mucho más allá de sus propias fronteras y no eran en absoluto generalizables al conjunto de la humanidad. Huella ecológica se definió (y así se utiliza) como el espacio necesario para proveer los recursos naturales utilizados y asimilar los residuos generados por una población. La propuesta de estos autores tenía, sin embargo, enormes problemas metodológicos ligados sobre todo a la agregación de componentes muy diferentes y a la unidad de medida utilizada (las hectáreas) en los que aquí no entraré.³ El concepto actual "huella de carbono", más modesto pero más sólido, no adolece de los mismos problemas y tiene una definición clara: "La huella de carbono es una medida de la suma total de emisiones de dióxido de carbono que es causada directa o indirectamente por una actividad o es acumulada sobre las fases de vida de un producto" y se puede aplicar a "individuos, poblaciones, gobiernos, compañías, organizaciones, procesos, sectores industriales...".⁴ La unidad es la masa de CO₂, por ejemplo, toneladas (y cuando incluye a otros gases de efecto invernadero (GEI), se agregan según la masa de CO₂-equivalente, que es la suma de masas de los diferentes GEI ponderadas para tener en cuenta sus diferentes potenciales de retención de calor en la atmósfera).

Andreu Escrivà rechaza enfáticamente el uso del término por ser introducido en 2004 (o al menos popularizado) nada menos que por la empresa petrolera BP mediante una campaña de difusión de calculadoras personales de emisiones de CO₂. Para él, el pecado original del concepto (la intencionalidad de la empresa contaminadora de lavar su imagen y desviar la atención exclusivamente hacia los comportamientos personales) sería razón suficiente para abandonar el término (¿y el propio concepto?). Creo que se equivoca, y mucho, por varias razones. Fuesen las que fuesen las intenciones de la empresa (y tuviese mayor o menor éxito en su lavado de imagen) hay que distinguir entre el concepto y sus usos. Aún y sin movernos en el terreno de los cálculos a nivel personal (y dejando de lado que las calculadoras propuestas fuesen, como la mayoría de las que se han difundido, probablemente muy poco fiables ya que un buen cálculo requiere estudios detallados), no veo que el avance en el conocimiento de las "huellas personales" haya de tener como resultado culpabilizar únicamente a los consumidores. Sin duda es importante saber que diferentes dietas o usar o no usar habitualmente el coche o viajar más o menos en avión tienen implicaciones importantes en las emisiones y lo es porque las decisiones individuales no son desdeñables sin que ello implique esconder la responsabilidad de las empresas o de las políticas: saber los efectos nocivos de las dietas carnívoras no blanquea el papel de la industria de la carne, ni saber los efectos del uso del coche blanquea las responsabilidades de la industria del automóvil y puede llevar tanto a cambios individuales como a campañas para promover la inversión en transporte público o para llevar a los tribunales a las empresas contaminantes. Además, el concepto de huella de carbono ha prosperado en el análisis académico y estadístico en terrenos como son la distinción entre las emisiones de un país y las emisiones derivadas de los estilos de vida de sus habitantes (incluyendo las generadas para producir los bienes importados) o la atribución de responsabilidades en las emisiones de familias de diferentes niveles

² Wackernagel, Mathis y Rees, William, *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*. New Society Publishers, Gabriola Island, 1988.

³ Para ello puede, verse Martínez Alier, Joan y Roca Jusmet, Jordi, *Economía Ecológica y Política Ambiental*. Tercera edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2013.

⁴ Wiedmann, Thomas y Mix, Jan, "A definition of Carbon Footprint" in Pertsova, Carolyn C. (ed.) *Ecological Economics Research Trends*, Nova Science Publishers, Nueva York, 2008.

de renta, dos cuestiones que el propio Escrivà analiza en el libro sin utilizar el término huella de carbono, aunque sí (implícitamente) el concepto: de hacerlo explícitamente hubiese afinado más estos análisis.

El otro capítulo al cual quiero hacer referencia especial es el de "contra la economía circular". Este título puede también sorprender, como el de la huella de carbono, dada la popularidad del término. Pero esta vez mi comentario más que crítico es matizadamente elogioso. Economía circular también se popularizó, como señala al autor, principalmente gracias a importantes apoyos económicos de grandes empresas, esta vez mediante el patrocinio de la fundación Ellen MacArthur. Es un término que se utiliza para abarcar casi cualquier pequeño avance (o supuesto avance) en eficiencia en el uso de recursos o en aprovechamiento de residuos para introducir una etiqueta que se identifica con buen comportamiento de la empresa y que envía un mensaje tranquilizador para los consumidores que así pueden sentirse sostenibles.

El término economía circular es teóricamente inadecuado. En primer lugar, porque los flujos de energía que alimentan el sistema económico no son circulares sino entrópicos (¡y en el caso de los combustibles fósiles siempre disminuyen las existencias iniciales!). Podemos utilizar la energía más eficientemente -o sustituirla por energías renovables- pero no es adecuado hablar en este caso de circularidad. Por tanto, deberíamos limitarnos en todo caso a los recursos usados para obtener materiales y cuando se trata de recursos no renovables (incluyendo aquellos que se utilizan para desplegar y almacenar energías renovables) en términos prácticos la circularidad total es imposible y más bien deberíamos aspirar -utilizando el término que aparece en el libro siguiendo a autores como Antonio y Alicia Valero- a una economía de materiales en "espiral" en donde a cada vuelta de reciclaje se pierde parte (mayor o menor) del material. Lo que nos dicen los estudios empíricos es que en el mundo -y también en la Unión Europea- el porcentaje de recursos materiales que provienen del reciclaje es una parte muy, muy pequeña del total. Ello es debido a los obstáculos sociales, técnicos y económicos al reciclaje y también a que la economía acumula cada vez más materiales que ni siquiera están disponibles para un potencial reciclaje, sea en edificios, electrodomésticos u ordenadores o móviles (bien en uso o guardados, una vez inservibles, en las casas u oficinas, como pasa con millones de ellos).

Por tanto, es muy pertinente advertir contra el uso y abuso del término de moda "economía circular" para destacar, como hace el autor citando a Joan Martínez Alier, que "la economía industrial es entrópica, no es circular" (citado en p.123). Sin embargo, no hay que exagerar ya que frente al modelo dominante de uso de materiales lineal puede haber avances parciales y deseables introduciendo cierta circularidad por lo que considero muy inadecuado afirmar, como hace Escrivà, que "de la misma forma que sucede con la sostenibilidad, la economía circular no se puede medir en grados: es binaria. O es circular, o no lo es". Y es discutible, incluso como título provocador, que nos encontremos también con un capítulo titulado "contra el reciclaje"; en dicho capítulo se plantea que incluso el sistema de depósito, devolución y retorno (ibloqueado en nuestro país por la férrea oposición de los intereses empresariales, que fue particularmente virulenta cuando se discutía la ley de envases y residuos de envases que se aprobó en 1997 relegando este sistema a una opción puramente voluntaria para las empresas!) se convierte en una forma de "tecnoptimismo" preguntándose: "¿Qué productos estamos vendiendo en esos envases, por reciclables o sostenibles que estos sean? ¿Agua privatizada, extraída de un manantial en un espacio natural y transportada a centenares de kilómetros? ¿Bebidas azucaradas e insanas?" (p.137). Lo dicho: todo es cuestión de grado y del punto de comparación y no es lo mismo presentar algo como la solución mágica a todos los problemas o como un avance parcial (como en muchos momentos hace el propio autor).

El autor hace una muy oportuna llamada al "cambio (que) se construye y se comunica no únicamente mediante la valiosa desobediencia civil, sino también con acción institucional transformadora, con píldoras o aludes de activismo en todos los espacios posibles, con educación ambiental no mercantilizada y alfabetización científica con voluntad social, con las decisiones diarias y el refuerzo de redes colectivas. No despreciemos ninguna de las vías para hacer partícipe a la sociedad del reto que tenemos enfrente, porque

las necesitaremos todas" (p.205). Ello se plantea -utilizando el término del sociólogo Erik Olin Wright- en una perspectiva de "*erosión del capitalismo*, que simultáneamente trata de minimizar los daños e ir más allá de las estructuras existentes" (p.210).

El libro, inteligente y escrito desde una muy justificada indignación, es una buena contribución al análisis crítico de los discursos y políticas ambientales.